

ESCLAVA DE LA LIBERTAD

**ILDEFONSO
FALCONES**

**ESCLAVA
DE LA
LIBERTAD**

Grijalbo

Papel certificado por el Forest Stewardship Council®



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Primera edición: agosto de 2022

© 2022, Ildefonso Falcones de Sierra

© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Pepe Medina, por el mapa

Imagen de las guardas: Old Paper Studios / Alamy Stock Photo

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-253-6179-1

Depósito legal: B-9.691-2022

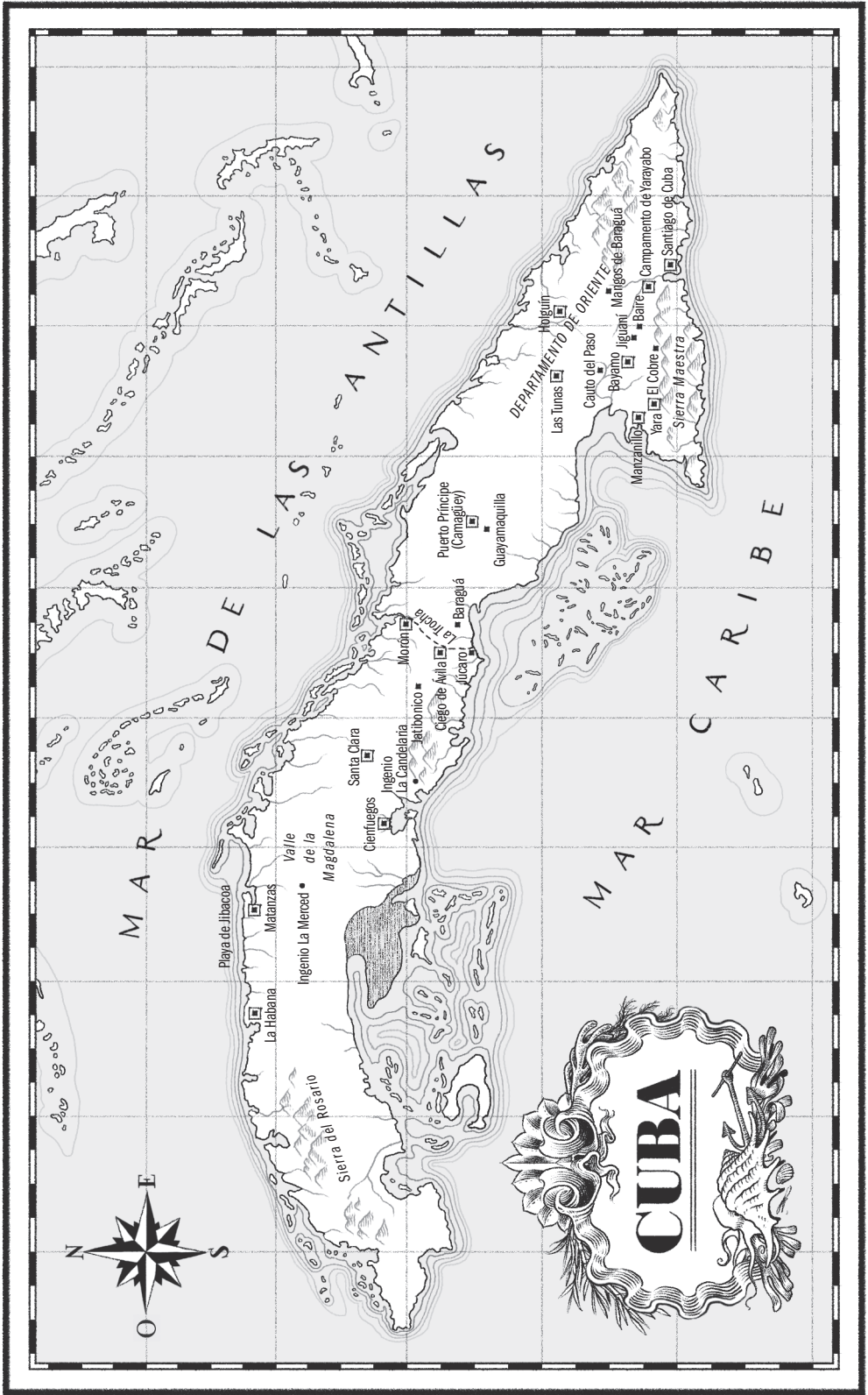
Compuesto en La Nueva Edimac, S. L.

Impreso en Liberdúplex

Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

GR 6 1 7 9 1

En memoria de mi querido hermano Rafael



Cuba, 1856
Playa de Jibacoa

Sobre la arena se apiñaba una muchedumbre compuesta por centenares de miserables. Los sollozos, los lamentos y los quejidos se estrellaban contra las órdenes de los capataces y el restallar de los látigos. Había allí setecientas jóvenes y niñas de origen africano, de piel negra y color chocolate; desnudas las más, harapientas otras, desnutridas todas, débiles, muchas enfermas. Lloraban desde el inicio de su infortunio, en África, tras ser capturadas en alguna de las numerosas guerras tribales. Lloraron a lo largo de su peregrinaje hacia la costa de Benín, unidas en largas filas por cadenas con argollas en cuellos y manos. Luego llegó una espera incierta, encarceladas en factorías junto al mar, para, al cabo de un tiempo, tras agruparlas en un contingente de hembras jóvenes entre las que se colaron unas decenas de niños, afrontar la terrible travesía hacinadas en la bodega de un barco rápido, un cliper, que en menos de tres meses acabó por desembarcarlas en la isla caribeña.

Más de un centenar de las consignadas fallecieron en el trayecto, y casi todas las supervivientes se vieron en la tesitura de tener que convivir con su agonía, sin medios para ayudarlas y sin palabras para darles esperanza, todas acostadas sobre sus propias heces. Creyeron agotar las lágrimas al dormir junto a sus cuerpos fríos mientras esperaban que el médico o algún marinero se apercebiera

de su muerte, recogiera el cadáver y lo arrojara al mar para alimento de tiburones.

Sin embargo, Kaweka, de once años, se esforzaba por tapar el cuerpo de Daye, su hermana menor, en cuanto se abría la escotilla, la luz acuchillaba el ambiente pútrido de la bodega y descendía algún tripulante. Había prometido cuidar de ella. Le dio su palabra cuando las apresaron, y la consoló día tras día, reprimiendo sus propias lágrimas, su tremenda congoja cada vez que su hermana clamaba por su madre y se hundía en el dolor. La pequeña se le deshizo durante la travesía, entre los brazos; ella le habló, la acunó, le cantó al oído, con dulzura, olvidando las cadenas que las ataban, la animó con paraísos que sabía imposibles, pero la niña se apagó en unos días y dejó de contestar, de sollozar y de respirar... O quizá no. Tal vez no estuviera muerta, solo quieta, y respirase flojito, como era habitual en ella. Kaweka no lo sabía. ¿Y si solo durmiese? Los dioses eran caprichosos, eso aseguraban su madre y su abuelo. Daye podía despertar en cualquier momento. Algunas veces sucedía; eso le habían contado también su madre y su abuelo, pero ninguno de los dos estaba allí para curarla, como hacían con otros niños del poblado. Así que la cubrió con su cuerpo y trató de esconderla hasta que unas chicas mayores, más allá de la línea en la que se encontraban aherrajadas ella y su hermana, la delataron dos días después de esperar en vano el milagro.

—¡Está muerta! —gritaron los marineros mientras pugnaban con Kaweka para liberar el cadáver.

La niña no entendía el idioma, aunque sabía qué era lo que decían, y, pese a su debilidad, peleó por impedir que se la llevaran. ¿Qué sería del espíritu de su hermana si acababa devorada por uno de esos monstruos marinos de los que hablaban?

Luego, sin la presencia de la pequeña, su cuerpo profanado, el barco hincando las olas con ferocidad, todo cruel, violento, como si proclamase la desventura de aquellos cientos de jóvenes, cuando Kaweka no tenía que fingir esperanza ni entereza ante su hermana pequeña, se entregó a un llanto desesperado que la acompañó el resto de la travesía.

—¡Permaneced quietas y en silencio! ¡Silencio!

Las bozales, como se llamaba a los esclavos recién llegados de África, no entendían las órdenes que se repetían a gritos a lo largo de la playa tan pronto como pusieron un pie en ella tras ser transportadas en barcazas desde el clíper. Pero, al igual que Kaweka cuando los marineros bajaron a llevarse el cadáver de su hermana, supieron qué era lo que querían los tratantes, una veintena de hombres sudorosos, barbudos la mayoría, rudos, armados con machetes o pistolas, y se fueron amontonando en el centro del círculo que aquellos delimitaban a golpes de látigo, azuzándolas con los perros que algunos retenían con fuerza. Muchas de las niñas pretendieron dejar atrás el hedor y los efluvios infectos de las bodegas del clíper, y disfrutar respirando el aire limpio y fresco de una noche plácida y estrellada de finales de invierno, coronada por una luna que alumbraba la ignominia de forma tan esplendorosa como hiriente. Sin embargo, la nueva cadena con la que les apresaron el cuello les impidió esos escasos instantes de sosiego.

—¡Levanta! —ordenó un negrero a una chiquilla de la edad de Daye, escuálida, que se había derrumbado sobre la arena antes de que la encadenaran de nuevo.

La criatura no lo hizo. El hombre la agujijoneó con la punta de una de sus botas. Ella continuó postrada; el blanco de uno de sus ojos, que habían quedado grandes en su rostro demacrado, suplicando. El hombre la agarró del cabello, la alzó como a un muñeco, la castigó zarandeándola en el aire, la ató y, cuando iba a dejar que cayera de nuevo a la arena, Kaweka la recogió.

No era su hermana.

«¡Silencio!», exigían los negreros ante los llantos, los quejidos y un recital de toses incontrolables. Los perros conocían su oficio, gruñían sin ladrar, en una penumbra en la que no se vislumbraba otra cosa que no fueran las sombras con las que jugueteaba la luna. Los negreros procuraban actuar con sigilo. Hacía casi cuarenta años que la trata de esclavos estaba prohibida, y la Armada británica, que se había alzado como la garante de esa proscripción en un tratado suscrito con España, vigilaba mares y costas para detener a los tratantes que continuaban mercadeando con la vida humana. Pero si Gran Bretaña había abolido la esclavitud, España todavía

no lo había hecho en sus provincias de ultramar. El comercio de hombres y mujeres estaba prohibido, pero no su propiedad, y los esclavos continuaban llegando de forma subrepticia a la isla de Cuba, una de las últimas posesiones coloniales de lo que fuera el vasto Imperio español, al amparo de unas autoridades corruptas y de la ambición desmedida de los productores de azúcar.

Quizá aquellas niñas a las que ahora volvían a encadenar no entendieran el lenguaje en el que hablaban sus captores, pero sí que eran conscientes de su destino. Eran yorubas, naturales de Guinea, y la esclavitud no era ajena a su forma de vida en África. Gran parte de la población trabajadora de los diversos reinos del continente era sierva. Los esclavos constituían la principal fuente de riqueza de los privilegiados, los jefes tribales los poseían a millares, y si bien el comercio con los países occidentales había disminuido sensiblemente debido a la proscripción de la trata, continuaba siendo muy fructífero con Oriente —Egipto y el resto del mundo árabe—, igual que lo había sido hasta entonces en su vertiente atlántica. Todas sabían de sacrificios humanos; todas conocían el significado de las argollas alrededor del cuello.

Restalló un látigo.

La primera de las cadenas de niñas inició la marcha. Uno de los capataces se permitió un grito: «¡Andad, negras!». La noche era tranquila, no había rastro de los británicos, y la comitiva se internaba en la isla, donde se hallaría a salvo. Las chiquillas arrastraron los pies, cabizbajas. Kaweka iba detrás de aquella niña pequeña que no era su hermana, y se preguntó si Daye también se habría derrumbado. La recordaba tan débil como a esta; la imagen oscura de una niña enfermiza y triste agarrada a su recuerdo. Las cadenas parecían haber oprimido también la memoria llevándola a olvidar la alegría y las risas, las correrías, los juegos y las labores del campo que habían compartido; unos momentos que ella misma había alejado de su mente porque rememorarlos la hería. Nadie sabía adónde las llevaban, aunque eran muchas las que se torturaban con todo tipo de especulaciones terroríficas. Referían que los viejos, los hombres, contaban en los poblados que a los negros que capturaban los llevaban allende un mar que la mayoría de ellas ni si-

quiera habían visto hasta que llegaron a la factoría de la costa. El barco, el hacinamiento, el hedor y la muerte primero, y ahora los látigos, los perros, los collares al cuello, los hombres malcarados, impedían evocar una simple sonrisa.

A su espalda quedó la playa y el clíper fondeado, un tipo de nave que se había hecho famoso en la trata de chinos, los culíes, y que terminó utilizándose en el contrabando transatlántico de africanos. Aquel barco, el que se había desembarazado de su carga infame en la playa de Jibacoa, navegaba bajo bandera norteamericana, como lo hacían más del noventa por ciento de las naves destinadas al tráfico humano en todo el mundo. Los norteamericanos no habían suscrito convención alguna con los británicos, por lo que estos no podían detener ni inspeccionar su flota. Bajo tales circunstancias monopolizaron un contrabando cuyo destino principal era Cuba o Estados Unidos, además de otros países como Brasil o Puerto Rico, que, si bien habían condenado la trata, continuaban aceptando la esclavitud. Lo hacían a bordo de esos barcos de velocidad extraordinaria, ágiles, maniobrables, capaces de burlar y escapar de cualquier buque. Los clíperes eran estrechos y largos, de proa afilada, y podían contar con setenta velas diferentes. Sin embargo, esa rapidez tenía un coste: su capacidad de carga era menor que la que disponían los buques negreros clásicos, una merma que algunos tratantes solventaron abarrotando las bodegas de niñas y mujeres jóvenes.

En el momento en que se perdió de vista la playa, cuando las esclavas desfilaban desnudas y descalzas por senderos que las conducían al interior de la jurisdicción de Matanzas, los negreros relajaron la tensión. Los perros ladraron. Los hombres se permitieron charlar, ya a voz en grito, de mujeres, de juegos, de alcohol... Rieron, se insultaron, se retaron y cruzaron apuestas. Lo hicieron ajenos a la desgracia de las criaturas que caminaban entre ellos, como si no existieran, salvo cuando alguna de ellas se retrasaba o se caía.

La niña pequeña ni siquiera trastabilló: las rodillas se le doblaron y se desplomó por delante de Kaweka, igual que le habría sucedido a su hermana si no hubiera fallecido en el mar. La hilera de muchachas se detuvo y uno de los negreros se dirigió hacia ellas

masculando improperios y con el machete en la mano. Kaweka lo vio acercarse, amenazador, gritó y se interpuso entre la pequeña y el hombre.

El negrero se sorprendió, resopló como si se le hubiera agotado la paciencia, y agitó el machete delante de Kaweka, instándola a apartarse. Pero ella no obedeció. Su hermana Daye se había encarnado en aquella niña inerte que respiraba a bocanadas angustiosas, porque también ellas buscaron el aire de forma frenética cuando, en su éxodo hacia la costa de Benín, un negrero parecido a aquel, con un machete en la mano, cercenó a golpes la cabeza de un cautivo que cayó por delante de ambas. Kaweka se acuclilló y protegió el cuerpo de la pequeña. Temía que aquel hombre hiciera lo mismo. Lo habían presenciado con alguna frecuencia en África. Era el método que utilizaban los negreros para desgajar expeditivamente de aquella línea macabra a quienes morían o ya no respondían al castigo; ni siquiera se molestaban en abrir el collar.

—Continúa, continúa —susurró al oído de la niña, sacudiéndola con delicadeza.

Lo mismo le dijo a su hermana cuando el tembleque amenazaba con detener sus pasos. «No lo mires», le ordenó al ver que Daye contemplaba hechizada aquella cabeza separada del tronco, mientras el resto de los cautivos las sorteaban.

El negrero trató de apartarla con la hoja del machete.

—Quita de ahí.

Kaweka se mantuvo firme. El otro se agachó y le propinó una tremenda bofetada con su mano libre. Kaweka salió despedida. La cadena impidió que rodara lejos.

—¡Putra negra!

El hombre fue a propinarle un puntapié cuando un grito lo detuvo:

—¡Ni se te ocurra! —Otro negrero se acercó, autoritario—. ¿Quieres estropearla? ¿Estás dispuesto a pagar su precio?

El del machete terminó masculando y escupiendo sobre Kaweka.

—Levanta —la instó el recién llegado, acompañando la orden con un movimiento de su mano.

Ya en pie, el hombre les ordenó por señas, a ella y a la que las precedía, que cargaran con la pequeña.

No le cortaron el cuello. Tampoco las azotaron para que anduviesen. Las jóvenes valían mucho dinero, quizá no tanto como un esclavo fuerte y sano, pero sí lo suficiente para no dañar una mercancía cada vez más demandada por los sacarócratas* y los ricos hacendados agrícolas. Porque los criterios de todos aquellos que sustentaban su fortuna en la explotación inmisericorde de hombres y mujeres habían variado. Hasta fechas recientes, los ingenios contaban con una mano de obra compuesta casi exclusivamente por hombres sometidos a un régimen carcelario y un trabajo frenético; nadie estaba interesado ni en las mujeres ni en los hijos que pudieran alumbrar, y menos todavía en los conflictos que el deseo y la lascivia originaban entre los esclavos. Hasta entonces había resultado mucho más caro producir un criollito que comprar en el mercado un esclavo útil, pero la prohibición de la trata junto a la abolición de la esclavitud en la mayor parte de los países occidentales, sumado a la persecución británica, aumentaron significativamente los precios de los bozales robados en África. Así pues, los propietarios de los más de mil ingenios azucareros y centenares de cafetales que se contaban en la isla fueron adquiriendo mujeres que destinaban al trabajo en iguales condiciones de dureza que los hombres, y a las que además se les exigía parir nuevos esclavos, como si de una ganadería se tratara.

Niñas como Kaweka, o incluso esa cría más pequeña que no era su hermana, aun débil, valían mucho dinero.

El amanecer despertó a las jóvenes aglomeradas en el patio de tierra de un ingenio perdido en el interior de los campos de Matanzas, donde los negreros las habían escondido. Aquel espacio y los barracones contruidos en madera que lo rodeaban hasta encerrarlo eran

* El término «sacarócrata» no está admitido por la RAE, pero ha sido acuñado y comúnmente utilizado para referirse a los ricos propietarios de ingenios en Cuba.

demasiado grandes, desproporcionados en una explotación cuyas instalaciones y maquinaria eran de tamaño escaso y obsoletas; sin embargo, pese a la amplitud del lugar, las esclavas se habían amontonado en una de sus esquinas: algunas estaban sentadas en la tierra, otras tumbadas, y pocas quedaban ya en pie con la llegada de la alborada, pero todas mantenían el contacto físico con sus compañeras, procurándose consuelo mutuo.

Lo cierto era que aquel ingenio de trapiche de tracción animal no era más que la tapadera de una factoría dedicada al contrabando de esclavos. «San Nicolás», podía leerse en el arco de madera que daba acceso a esa prisión.

—¡Llevadlas a beber agua!

El grito procedía del hombre que había impedido la patada a Kaweka la noche anterior, apoyado indolentemente contra la pared de uno de los edificios, con el látigo enrollado colgando del cinto. Al instante, varios niños de no más de siete u ocho años, criollos, esclavos también, corrieron hacia donde se apiñaban las jóvenes.

—Venid —las instaron agarrándolas de las manos y tirando de ellas.

Las que conformaban las primeras filas de aquel montón humano dudaron y se resistieron hasta que uno de los criollos señaló a otro que, junto al brocal de un pozo, las llamó sonriendo mientras vertía en la tierra el contenido del cubo que acababa de izar. El sonido del agua derramándose bastó para despertar en ellas la sed que no habían saciado desde la última ración que les suministraron en la bodega del clíper.

—¡En fila! —gritó el negrero en cuanto vio cómo las niñas se ponían en movimiento—. ¡Con orden!

«En fila», les señalaron los criollos, empujando a una detrás de otra.

Entendieron. Y obedecieron. Igual que hicieron después, cuando, tras beber de los cazos que les proporcionaron, las mantuvieron alineadas en el patio, aproximadamente de cincuenta en cincuenta; catorce filas de criaturas enflaquecidas, sucias y harapientas, muchas totalmente desnudas.

Kaweka obligó a beber a la niña pequeña. No sabía su nombre ni había logrado arrancarle una sola palabra. Tiraba de ella de aquí para allá y la chiquilla se dejaba, en silencio, sin llorar ni quejarse, enajenada.

—¿Qué te parecen, Florencio? —preguntó otro de los negros que acababa de unirse al que se apoyaba en la pared.

—No están mal —contestó este, chascando la lengua—. He visto bozales en peores condiciones, y han salido adelante. En un par de semanas, tres a lo sumo, cuidadas y bien alimentadas, tendremos una mercancía excelente. A estas edades la naturaleza responde con rapidez. Que les den ropa y que las lleven al arroyo, de fila en fila, para que se laven. No quiero pensar en la mierda y los bichos que deben de llevar encima.

—¿Qué esquifación* les damos, jefe? —inquirió a Florencio un tercero.

—Con este tiempo bastará un vestido... y quizá una frazada —añadió tras pensarlo unos instantes—, no vaya a ser que el relente de la noche las constipe y nos las estropee. Ya sabéis que los negros padecen el frío y la humedad. El resto de la ropa que se la den sus nuevos amos. ¡Id! —ordenó.

Los dos hombres se encaminaron hacia las filas de esclavas que permanecían quietas en el patio, pero aún no habían dado un par de pasos cuando la voz de su jefe les hizo volverse:

—Como alguien toque a una de esas negras, ¡lo castro!

Los niños criollos y algunos negreros las acompañaron a un arroyo que corría por fuera de las instalaciones del ingenio. Kaweka empujó a la pequeña, por delante de ella en la hilera de cincuenta, cuando les llegó el turno. Se cruzaron con las que regresaban, todas desnudas y mojadas. En la orilla, las que todavía vestían algún harapo se lo quitaron. Kaweka reconoció la lascivia en los ojos de los negreros que las vigilaban mientras los criollitos reían tontamente y, al igual que otras, utilizó la arena de la ribera para frotarse y desprenderse de las costras de suciedad. Luego refregó a la pequeña y se introdujeron en la corriente. Por un

* La «esquifación» era la ropa que se entregaba al esclavo.

instante fugaz, cerró los ojos y el frescor del agua la transportó a su tierra.

Los cuerpos negros de cincuenta jóvenes aún escuálidas, muchas ya en la pubertad, los pechos apuntando, algunas con los senos ya desarrollados, terminaron brillando al sol caribeño mientras el agua destellaba sobre su piel. Los hombres dirigían su atención de una a otra sin descanso; las señalaban como si pretendieran adjudicárselas. No las tocaron, aunque uno de ellos se bajó los pantalones y se masturbó mientras otro lo jaleaba y aplaudía. Ellas conocían la naturaleza masculina y aceptaban sin escándalo las relaciones sexuales que mantenían hombres o animales, por lo que su sorpresa no fue otra que el color blanco del cuerpo del vigilante.

Las órdenes de los negreros devolvieron a las jóvenes a la realidad, y a medida que volvían al ingenio, aseadas, les entregaban una túnica basta y áspera de cañamazo y las dirigían hacia uno de los extremos del patio, donde se ubicaba el barracón en el que estaba instalada la cocina. Varios hombres sacaron una olla grande llena de funche, una pasta espesa elaborada a base de harina de maíz y plátano, así como bandejas con bacalao salado que, con gran estruendo, depositaron sobre una mesa que se hallaba dispuesta fuera, en el patio.

Los criollos entregaron cuencos abollados de hojalata a las esclavas y las instaron a acercarse a la mesa. Cuando desfilaban de nuevo hacia el centro del patio después de que les llenaran los recipientes de comida, Florencio Ribas, el jefe de los negreros, las detenía para que otro hombre, viejo, de barba rala, vestido de blanco, con lamparones en la camisa y tocado con un sombrero del mismo color, todo él de aspecto ajado, las reconociese.

«Esta sí», «esta está sana», «esta otra también», ordenaba el hombre entre el griterío de los criollos ordenando las filas y el de los negreros repartiendo la comida. «Esta no, que tiene ulcerada esa herida de la pierna». Y esa, la de la úlcera, era apartada de la fila y conducida a un barracón en el que la recibía una esclava vieja mientras el resto de sus compañeras se desparramaban a lo largo del patio iluminado por un sol insultante, en busca de un hueco en el que refugiarse y esconderse con su rancho.

—La siguiente —reclamaba el doctor Vásquez, mostrando su hastío a través de los gestos cansinos de la mano con la que llamaba a las esclavas, sin volverse a mirar hacia la larga fila de niñas que esperaban, la mayoría de ellas introduciendo con avidez los dedos en los cuencos para llevarse a la boca la pasta con bacalao.

Kaweka empujó a la niña, que mantenía su escudilla intacta, torcida en las manos, a punto de caer al suelo. El médico, y también Florencio, fruncieron el ceño cuando se detuvo frente a ellos.

—¿Nostalgia? —inquirió el negrero.

Vásquez no respondió hasta que terminó de examinar el cuerpo escuálido de la pequeña, que además presentaba la lengua manchada, el blanco de los ojos aperlado y algunas hinchazones.

—Todas sufren de melancolía —contestó al fin—. ¿Quién no? —añadió pensativo, sopesando si aquella chiquilla que permanecía delante de él, desmadejada, apesadumbrada, debía recibir un tratamiento especial.

Dudó. Era frecuente entre los bozales el mal de la nostalgia, el vicio de comer tierra, como se llamaba en Cuba, pero no todos ellos podían ser destinados a la enfermería; no disponían de instalaciones suficientes ni mucho menos de personal, limitado a la enfermera anciana y a un par de negreros a los que obligaban a ayudar. Además, eso acrecentaba los gastos debido a los cuidados especiales que requerían los enfermos de nostalgia: carne, vino, licores, azúcar... Vásquez sintió el acecho al que lo sometía el negrero jefe. Paseó la mirada por el patio. Desorden. Centenares de esclavas entre las que se desplazaban los negreros, cuyas cabezas sobresalían por encima de las jóvenes. Faltaban muchas por reconocer. Necesitaría espacio en la enfermería. Examinó de nuevo las hinchazones del cuerpo de la esclava y sentenció:

—Sana.

Florencio respiró ruidosamente justo en el momento en que el restallar de los látigos asoló el lugar. Muchas de las esclavas dejaron de comer y levantaron la mirada mostrando el primer atisbo de interés desde su llegada.

De uno de los barracones, precedidos por rancheadores, empezaron a salir hombres encadenados de manos y pies que cami-

naron con dificultad en dirección a la mesa de la comida, de donde despejaron de forma precipitada a las niñas que hacían cola.

Florencio Ribas acercó una mano a la pistola que colgaba del cinto al mismo tiempo que levantaba la vista al techo de los barracones: cuatro de sus esbirros se habían apostado en ellos con los rifles prestos.

Más de cincuenta hombres, algunos con el torso desnudo mostrando cicatrices que atravesaban su espalda de arriba abajo, recorrieron el espacio que se abría entre los edificios y la mesa con la mirada fija en las setecientas niñas distribuidas a lo largo del patio.

—¡No las miréis! ¡No quiero oíros chistar! —gritó uno de los negreros que vigilaban a los hombres ante la lujuria que destilaban hasta sus andares.

Al contrario de lo que había venido sucediendo con las muchachas, el latigazo con el que en esta ocasión acompañó su orden reventó en la pantorrilla de uno de ellos, haciendo correr un hilo de sangre por su pierna. Los hombres obedecieron, pero sus carceleros continuaron azotándolos y el restallido de los látigos atronó el lugar, logrando que los encadenados se encogieran para evitar el castigo.

—Empieza usted a tener demasiados cimarrones —comentó el doctor Vásquez dirigiéndose al jefe de los negreros.

—Sí —reconoció este—. Tenía pensado entregarlos ya a las autoridades, pero la llegada de las nuevas me lo ha impedido. No podía arriesgarme a quedarme sin hombres por acompañar a estos fugitivos.

El médico siquiera miró a Florencio Ribas. «¿Entregarlos a las autoridades?», sonrió con sarcasmo. El importe de la recompensa por devolver aquellos esclavos fugitivos a sus legítimos dueños era una minucia comparado con los beneficios que Ribas podía obtener si no lo hacía. El doctor sabía que los cimarrones eran vendidos al dueño de cualquier ingenio azucarero al que se le hubiera muerto un esclavo, y eran muchos los que morían. Tan pronto como fallecía alguno, el dueño lo enterraba sin anotarlo en sus libros con la connivencia del sacerdote de turno; los papeles del esclavo muerto servían para el cimarrón que compraría a Ribas o para cualquier

otro de los muchos grupos de rancheadores que se dedicaban a la caza de esclavos fugitivos a lo largo de la isla. Eso cuando en verdad eran cimarrones, negros fugados, y no simples esclavos robados directamente de sus plantaciones.

Mientras no los vendía, Ribas los alquilaba; sus jefes, los que invertían en el contrabando, exigían beneficios. Ese tipo de explotación era más frecuente en las ciudades, pero también se daba en el campo, de modo que eran bastantes los ingenios que alquilaban esclavos por todo el periodo de zafra. Vásquez había tratado en esas azucareras a muchos de los esclavos que antes había conocido en San Nicolás. Algo parecido sucedería con las recién llegadas que no fueran compradas después de recuperarse físicamente. Se trataba de alimentarlas para que ganasen peso y lozanía, curar a las enfermas y heridas, y vacunarlas a todas contra la viruela, un requisito sin el que no se acostumbraba a vender ningún esclavo y que cualquier comprador controlaba sin dificultad, por inexperto que fuera, gracias a la marca indeleble que quedaba en el brazo. Una vez vacunadas, accederían al mercado con «alma en boca y huesos en costal», lo que implicaba que el negrero no respondía de los demás vicios o defectos de la mercancía recién llegada de África.

La gran mayoría de los hombres libres no eran vacunados, pero los esclavos sí. «Cuando muere un esclavo parece un capital», recordó Vásquez que sostenían los hacendados. Y allí se acumulaba una fortuna, concluyó paseando la vista por los centenares de pequeñas que se apiñaban en el patio del ingenio San Nicolás, mientras ordenaba con desidia a Kaweka y a la pequeña que circularan hacia el patio.

Había transcurrido casi una semana desde la llegada de las esclavas y Kaweka ya sabía el nombre de la niña, Awala, a la que acunó cuando a los tres días despertó de su estado de choque y lloró todas las lágrimas que la conmoción padecida, su debilidad y su tremendo dolor habían retenido. Pertenecía a la tribu de los Ashanti, que, como la de Kaweka, era de la familia Kwa. Sus historias eran similares. Una incursión repentina. Gritos. Disparos. Carreras. Y lue-

go el cautiverio. Awala no sabía nada de su familia, como tampoco Kaweka, cuya última visión de su madre era protegiendo al menor de los hermanos, acurrucada en el suelo, envolviéndolo con su cuerpo y sus brazos, formando una crisálida a su alrededor. Luego el caos y el desconcierto y los muertos. Tras ello, la ignorancia y el dolor de la ausencia.

Las jóvenes cautivas esperaban la comida cuando irrumpieron en el patio del ingenio tres hombres a caballo, dos de ellos armados con escopetas, además de un esclavo a pie.

No era la primera visita que recibían. Varios hombres blancos habían acudido a verlas y pasearon entre ellas haciendo comentarios y pidiendo que les enseñaran a una u otra, a las que inspeccionaban con detalle. No se llevaron a ninguna; todavía no. Entre las jóvenes corrió la voz de que sus captores querían alimentarlas bien para obtener el mejor precio, y que hasta ese momento no las venderían, porque todas conocían su destino: trabajar en el campo o servir en las casas de los ricos, igual que sucedía en África. Unas lo asumían con resignación; otras hablaban de fugarse. «¿Adónde irías?». Kaweka prestaba atención a esas conversaciones. Solo eran niñas y estaban muy lejos de sus pueblos, en tierra de blancos, más allá del mar, encerradas y vigiladas por hombres violentos y malcarados, pero soñaban con escapar, con regresar a casa, aunque ninguna se atrevió a intentarlo. Tampoco ella.

En cualquier caso, resignadas o rebeldes, más conscientes de su porvenir, el llanto invadía el grupo de muchachas. Ninguna era capaz de consolar a la que tenía al lado, y por las noches, cuando el silencio caía sobre el ingenio y perdían la imagen de su compañera, de la amiga que habían hecho en su desgracia, los sueños eran terroríficos, y los gemidos, los temblores y los aullidos de desesperación se convertían en habituales.

Kaweka no era ajena al miedo y a la angustia. Había sido una niña feliz. Su abuelo era el chamán del poblado y la gente lo respetaba, igual que a su madre. Ella y sus hermanos trabajaban y ayudaban, y jugaban y reían como casi todos los muchachos del pueblo. No hacía mucho era querida; todavía, si cerraba los ojos y arañaba la memoria de sus sentidos, podía percibir las caricias de

su madre y los besos de sus hermanos pequeños. Todo eso había desaparecido de repente, y de forma anónima e impersonal formaba parte de un contingente de centenares de jóvenes desesperadas que se contagiaban el pánico y magnificaban su desgracia entre llantos y lamentos.

Ese día, cuando los jinetes accedieron al patio, Kaweka comprendió que no se trataba de más visitantes que querían examinarlas. Lo dedujo porque algunos de los negreros que deambulaban por el ingenio se descubrieron la cabeza con respeto, otros se acercaron solícitos a los recién llegados y un tercero corrió a avisar a Florencio Ribas, que disfrutaba de una siesta al fresco, contando y recontando en su duermevela los dineros que ganaría.

—Patrón... —El hombre, grande, fuerte, brusco, asomaba la cabeza por la puerta del barracón en el que dormía Ribas, sin atreverse a entrar—. ¡Patrón! —gritó, viéndose obligado a elevar el tono de voz.

—¿Qué pasa! ¿Por qué me molestas? Tengo dicho...

—Lo que tiene es una visita, patrón —interrumpió el negrero sus quejas.

—¡Que espere! —Pero quien esperó fue el hombre, con la cabeza traspasando el umbral—. ¿Quién es? —terminó inquiriendo Ribas ante la presencia silenciosa de su esbirro.

—Será mejor que venga.

Ribas salió mascullando para sí, pero cuando llegó a la altura de la puerta calló de repente: don Juan José de Santadoma, marqués de Santadoma, le esperaba montado en un soberbio caballo alazán cuyo pelaje colorado brillaba al sol. El aristócrata no venía de visita; tampoco lo había hecho nunca. Calzaba botas de cuero visto con grandes espuelas, pantalones de montar y una simple camisola blanca sin adornos. Un sombrero de ala ancha le protegía del sol. Tras él se encontraban sus hombres.

Desde la distancia, Kaweka percibió el temor que destilaba Florencio Ribas mientras se acercaba al recién llegado, ante el que carraspeó.

—Buenos días, señor marqués. ¿Qué le trae por estos lares? —preguntó, ya aclarada la voz.

—Nada bueno, Ribas —contestó don Juan José con voz seca y potente.

Kaweka no entendía el significado de la conversación, ninguna de las setecientas niñas podía comprenderlo, pero observó cómo Florencio Ribas bajaba la mirada.

El marqués, una de las primeras fortunas de la isla, no le quitaba los ojos de encima. Los Santadoma poseían varios ingenios azucareros, así como minas de cobre y múltiples intereses en otros negocios. El noble imponía. Su presencia irradiaba poder y transmitía nobleza, elegancia.

—Si su señoría quiere acompañarme adentro —lo invitó el negrero alzando la mirada—, estoy seguro de que podremos arreglar cualquier problema que...

—No —lo interrumpió el marqués, que siguió mirando fijamente y en silencio a Ribas, en pie a unos pasos de su alazán.

El negrero frunció los labios y agitó una y otra vez las manos, como pidiéndole una explicación que no se atrevía a reclamar. Esperó a que el noble hablara.

—Tus hombres me han robado un esclavo. —Ribas fue a replicar, pero el marqués no se lo permitió—. Estoy harto de vuestras correrías.

Ribas había dado instrucciones muy concretas a sus hombres: no quería problemas con los Santadoma, ni con cualquier otro semejante. Él sabía que sus esbirros no perdían la oportunidad de robar algún esclavo que se hubiera alejado de su ingenio, el negrero les pagaba por ello y obtenía buenos beneficios, pero el marqués podía arruinarle con solo una orden —Ribas sospechaba que formaba parte del grupo que financiaba sus compras—, y el hecho de que hubiera acudido personalmente en lugar de mandar a su administrador o al mayoral no presagiaba nada bueno.

—No... no puede ser —pretendió excusarse.

—¡Es! —afirmó el marqués, azuzando al alazán contra el negrero.

Ribas reculó precipitadamente.

—No —insistió mientras tropezaba y casi caía a los pies del animal—. Compruébelo su señoría.

—A eso he venido. Y como encuentre a mi esclavo...

—Si así fuere —añadió Ribas, logrando ponerse a un costado del caballo—, no dude el señor marqués de que se trataría de un error.

Sin embargo, don Juan José de Santadoma ya había vuelto grupas hacia los barracones de los esclavos y Florencio Ribas se vio obligado a correr tras él sin dejar de echar miradas a sus hombres, que le respondían con falsos gestos de ignorancia.

—Si se hubiera producido ese error —repitió a gritos el negrero—, estaría dispuesto a compensarle. Tengo una partida de esclavas nuevas de la que podría elegir alguna... Mírelas —le ofreció con voz entrecortada.

El marqués observó durante unos instantes a las esclavas que se repartían por el patio y que se abrían en círculo alrededor de ellos, asustadas.

—¿Dónde están los cimarrones? —preguntó don Juan José.

Florencio Ribas hizo una seña a uno de sus hombres y este tocó la campana. Al cabo de unos instantes se abrieron las puertas de uno de los barracones y empezaron a salir los esclavos.

—En fila. Delante de mí —le ordenó el marqués a Ribas.

Mientras los negreros colocaban a los esclavos, su jefe no dejaba de farfullar excusas, el sudor corriéndole por las sienes:

—Solo podría tratarse de un error... ¿Cómo iba yo a robar un esclavo a los Santadoma? Mataré al hombre que lo haya hecho. Si así fuera... en ese caso... le compensaría.

El marqués siquiera miró al negrero y, cuando los cimarrones estuvieron dispuestos, se dirigió al esclavo que lo acompañaba.

—Compruébalo, Domingo —le ordenó.

Este no dudó un instante. Se acercó a la segunda fila y señaló a un hombre mulato. Su amo le indicó que lo separara del grupo y en ese momento sí que volvió la mirada hacia Ribas, que se había quedado a mitad de una excusa, con la boca abierta.

—Yo... —balbuceó—. ¡Ahí tiene mis esclavas! Elija la que mejor le parezca.

Sin contestarle, el marqués paseó a caballo entre las niñas mientras estas se apartaban atropellándose las unas a las otras. Centenares

de criaturas de color chocolate, asustadas, escapando de él. Awala no lo hizo; permaneció quieta, fascinada por los movimientos del animal, cegada por los destellos rojos que irradiaba a su paso. Cuando el marqués se acercaba, varias de las esclavas arrollaron a Awala, que terminó en el suelo. Kaweka corrió en su ayuda y se interpuso a modo de muro para que no la pisotearan hasta quedarse sola con ella, a los pies del caballo.

Kaweka no vaciló protegiendo a Awala, y el marqués se vio obligado a detenerse para no arrollarla. Sus miradas se cruzaron. Kaweka no la desvió.

—Esta —le indicó a su esclavo, que lo seguía—. Enséñale modales.

Kaweka no entendió las palabras, pero sí percibió el rencor que destilaban. No tuvo tiempo de apartarse. Domingo adelantó a su amo, la agarró del brazo y la abofeteó dos veces.

—¡No se mira a los blancos! —gritó zarandeándola.

Kaweka siguió sin entender. El esclavo la alzó por las axilas mientras ella pataleaba.

—Ribas —gritó el marqués para hacerse oír en todo el patio—, la próxima vez serás tú el que me acompañe atado al caballo de uno de mis hombres.

Luego dio la vuelta sin esperar la respuesta del negrero, a quien ignoró y obligó a hacerse a un lado. En cuanto lo hubo dejado atrás, azuzó a su caballo, frenado por un bocado de pata larga, y el animal, inquieto, brioso, nervio puro, respondió con una grupada y una coz al aire que a punto estuvo de arrancar la cabeza de Ribas. El marqués, de espaldas, esbozó una sonrisa casi inapreciable mientras los dos hombres armados que lo acompañaban estallaban en carcajadas y lo seguían. Llevaban al esclavo rescatado trastabillando tras ellos, atado con una cuerda larga a la montura de uno de los caballos, y Domingo tiraba del brazo de Kaweka, que peleaba por zafarse gruñendo como un animal, con la cabeza vuelta mirando atrás, hacia el lugar donde Awala, rodilla en tierra, clamaba al cielo.

Kaweka intuyó que estaban llegando a su destino en el momento en que el tono de voz del marqués se suavizó.

—Mordaz, bonito, ¿qué haces aquí?

Así se dirigió a un perro que acudió al camino a recibirlos y que rondó bajo las patas del caballo.

—Grapo, guapo —le dijo a otro perro que llegó detrás—. Vigila que no te pise.

Los halagos sonaron grotescos en boca de quien no había utilizado otro tono con sus hombres que no fuera seco y autoritario.

—Corred a vigilar a los negros —los azuzó en el mismo tono cariñoso.

Además de los perros, los cánticos de los esclavos que Kaweka había oído cuando pisaban junto a los cañaverales en zafra fueron ganando en nitidez hasta que, unos metros más allá, pudo distinguir las voces. Luego, a la cantinela monótona se le añadió el restallido de látigos, las órdenes a voz en grito y el chasquido repetitivo de los machetes cortando la caña de azúcar. El camino había sido largo. El esclavo recuperado en el ingenio de Ribas había caído al suelo en varias ocasiones, incapaz de seguir el paso del caballo que tiraba de él. Entonces, mientras el desgraciado se levantaba con dificultad mostrando cada vez más rasguños en su torso desnudo, los jinetes esperaban a que Kaweka y Domingo recuperasen el terreno perdido, como si se tratara de un juego macabro. En la primera ocasión en que eso había sucedido, la niña interrogó al marqués con la mirada. Su guardián la golpeó varias veces.

—¡Baja la vista! —ordenó el esclavo mientras le pegaba. Luego la obligó a obedecer y le bajó la cabeza a la fuerza—. ¡No se mira a los blancos!

La muchacha seguía sin comprender una palabra de lo que se le decía, pero la segunda vez que el esclavo trastabilló y a ella se le escapó de nuevo la mirada hacia el noble y percibió que Domingo alzaba la mano, fue capaz de esconderla en la tierra seca del sendero antes de recibir el castigo.

Aquella sumisión al hombre blanco, a los amos, a los seres superiores, se magnificó tan pronto alcanzaron la línea de corte del

cañaveral. Se trataba del mismo espacio regular que Kaweka recordaba de cuando se dirigían al ingenio del marqués: extensiones de tierra rodeadas por guardarrayas anchas, limpias y perfectamente delineadas por hileras de plátanos que se alzaban al cielo, a la vera de los linderos que las separaban. Tan pronto como el marqués apareció en la finca de su propiedad, los cánticos cesaron. También se acallaron los gritos y los látigos. Kaweka trató de asumir el escenario. Centenares de hombres y mujeres, negros o mulatos (algunos allí donde se erguían las cañas, con machetes en sus manos, otros moviéndose entre los cortadores y las carretas de dos ruedas, tiradas por yuntas de bueyes, en las que depositaban las plantas una vez cortadas), hombres blancos armados, perros, niños, ancianos... La gente detuvo sus actividades y el silencio se instaló de forma pesada en el ambiente. Kaweka y Domingo se sumaron a esa quietud que, paulatinamente, fue rompiéndose al mismo tiempo que los esclavos se arrodillaban en los lugares donde se encontraban, con la mirada clavada en el suelo.

—¡Tu bendición, amo! —exclamó uno de ellos.

«Sí». «Bendícenos». «Por favor, amo». Los ruegos se multiplicaron en boca de los esclavos. Domingo hincó su rodilla en tierra y tiró de Kaweka hasta que esta lo imitó. Con el rabillo del ojo, la niña logró ver cómo el marqués extendía su brazo derecho, la mano abierta, y lo paseaba por encima de sus cabezas.

—Yo os bendigo. —Recuperó su tono potente, autoritario—. Que Dios, nuestro Señor, os acompañe y os dé la paz.

«Gracias». «¡Bendita sea su excelencia!». «¡Larga vida para el marqués!». La gratitud surgió de decenas de gargantas, aunque Kaweka comprobó que muchos de ellos permanecían en una tensión que no podían disimular, las bocas cerradas y los dientes apretados.

—¡Bienaventurado! —gritó Domingo, sorprendiendo a la chiquilla.

Todavía sonaban las muestras de reverencia cuando el marqués las interrumpió:

—¡A trabajar!

—¡Todos! —añadió el mayoral.

—¡Se ha terminado el descanso! —gritó otro de los hombres blancos.

Los esclavos se levantaron.

—Que canten, señor Narváez —añadió el marqués dirigiéndose al mayoral—. Mientras cantan no piensan, señor Narváez... —le recordó, tal como acostumbraba a hacer el amo en sus visitas. «Termine la monserga, señor marqués», pensó el hombre justo antes de que este lo hiciera—: Y si piensan, no trabajan, señor Narváez. ¡Si piensan, no trabajan!

«¡Cantad, negros!» La orden se repitió en boca de capataces y guardias, algunos de los cuales la acompañaron con el restallido de sus látigos. El bullicio de los machetazos y el trasiego de cañas y cogollos afloró en el cañaveral al mismo tiempo que alguien entonaba un canto lúgubre. Era solo una voz. Kaweka, de pie, tembló al oírla por más que no entendiese lo que decía. El solista se lamentaba de la poca comida que les daban y de la dureza del trabajo. El marqués, ya galopando camino del ingenio, torció el gesto ante la queja. Las voces de centenares de esclavos contestando al solista, uniéndose a él en sus penas, se desvanecieron a la espalda del jinete.

Antes de que los cánticos clamaran por una nueva reivindicación, Domingo arrastró a Kaweka hasta uno de los carros.

—Antonia —llamó a una esclava que cargaba un haz de cañas hasta el carretón—, esta no sabe español. Es lucumí como tú... o por lo menos eso dice Ribas. Indícale lo que tiene que hacer.

La mujer descargó la caña en el carretón y se dirigió a Kaweka:

—¿Eres yoruba? —El sonido de su lengua natal en voz de una mujer mayor trasladó a Kaweka a su tierra. En un fogonazo doloroso le asaltó el recuerdo de Daye, cuyo cadáver habría sido pasto de los tiburones; de su madre, protegiendo al pequeño; de su familia; de los juegos y las risas... Antonia la zarandeó—. Aquí no podemos perder el tiempo —le recriminó con seriedad—. ¿Eres yoruba?

—Sí —logró contestar ella con voz débil, derrengada por la caminata.

—Una más —se lamentó—. En esta isla, a los yorubas los llaman

lucumíes, recuérdalo. —Kaweka asintió—. Tienes que ir allí, donde cortan la caña, y ponerte en alguna de esas filas hasta que te toque recoger. Entonces traes la caña hasta aquí. También hay que recoger los cogollos y cargarlos en sus carros. —Antonia inició la vuelta al frente de corte, a pocos pasos de donde estaban—. Si te descuidas o te retrasas, te castigarán. Al final de la jornada, todos, menos las embarazadas, tenemos que cargar un buen haz de hierba hasta el ingenio.

La mujer terminó de hablar y sumó su voz a los cánticos que inundaban el cañaveral.

—Canta —le ordenó cuando se pusieron en una de las filas.

—No sé... —trató de excusarse Kaweka.

—¡Canta! —insistió Antonia.

La cría dudó hasta que terminó tarareando aquel ritmo monótono: uno cantaba y los demás respondían. Se fijó en que los cortadores eran hombres y mujeres indistintamente, provistos de machetes con los que golpeaban la caña en diagonal y a ras de tierra. Lo hacían de un solo machetazo, seco y certero. Kaweka se retrasó en la fila observándolos. Era todo rutinario, maquinal. Trabajaban de tres en tres.

—¡Canta! —le recordó la esclava.

Lo había olvidado.

El cortador, un hombre negro fuerte, con el torso desnudo y brillante por el sudor, levantaba la caña y luego la sostenía en horizontal para que cada uno de sus compañeros, situados a los costados, cortaran el cogollo de la parte superior y limpiasen de hojas la planta. Kaweka vio cómo dividían las largas en dos o incluso tres pedazos, y lanzaban estos a un lado y el cogollo al otro, sin mezclarlos. El proceso lo repetían todos los equipos de cortadores que se movían a lo largo del frente del cañaveral, que retrocedía a golpes de machete. Los carros se marchaban una vez llenos y eran sustituidos por otros vacíos. Para no dejar roderas y estropear el terreno de cultivo, cada uno de ellos seguía un camino diferente hasta acceder al guardarraya, donde enfilaban hacia el ingenio. Viejos impedidos y niños pequeños de entre cinco y ocho años merodeaban entre el cañaveral y los carros, recogiendo cuanto quedaba disperso.

—Muévete —la instó en español el hombre que la seguía en la fila.

Antonia ya no estaba delante de ella.

Kaweka obedeció al empujón con el que el esclavo acompañó su orden, se acercó al montón de cañas y recogió unas cuantas como había visto hacer, las cargó sobre su hombro y se volvió hacia la carreta vacía que se había arrimado a la línea de corte. Ni ella se había fijado, ni Antonia se lo había advertido. Se apartó un poco de la fila de esclavos portadores que andaban por delante y pisó la punta de una caña recién cortada que sobresalía de la tierra. Aulló de dolor al notar que le atravesaba la planta del pie derecho igual que un cuchillo afilado. Cayó a tierra y las cañas se desparramaron. Uno de los guardias se aproximó e hizo restallar el látigo muy cerca del cuerpo tendido en el suelo, mientras la cría se agarraba el pie.

—¡Levanta!

Kaweka no podía. Sangraba profusamente. El dolor se reflejaba en sus rasgos contraídos, y apretó los dientes para no romper a llorar.

Los cánticos no cesaban. Los demás esclavos desfilaban a su lado con sus cañas al hombro procurando no mirarla.

Un latigazo más.

—¿Qué sucede? —inquirió el mayoral.

—Esta... —contestó despectivamente el guardia, que señaló a Kaweka con el látigo.

—Es la nueva —la reconoció Narváez al mismo tiempo que negaba con la cabeza ante la sangre que manaba entre los dedos de la niña—. El marqués la ha elegido personalmente. ¡Carajo! A ver si se va a joder el primer día y se nos cabrea el patrón. Que la lleven a la enfermería.

Antonia la acompañó hasta el ingenio. Sostenida por la esclava e invadida por una punzada de dolor a cada paso que daba, recorrieron el camino de regreso viéndose superadas por los carros. Narváez no permitió que Kaweka montara en uno de ellos y merma-

ra los escasos kilos que pesaba a la tonelada de caña con que los cargaban.

La muchacha no fue capaz de percatarse de la magnificencia del ingenio La Merced, propiedad del marqués de Santadoma, en el valle de la Magdalena, en Matanzas, un área geográfica tan extensa como fértil de la isla de Cuba que llegaba hasta el mar y en la que se acumulaban multitud de explotaciones azucareras. La esclava continuaba sangrando y estaba dolorida, débil y confusa. La trasladaron directamente a la enfermería, ubicada en el extremo de uno de los barracones; un local con salas separadas para hombres y mujeres, ambas llenas de enfermos e impedidos, otra sala para las operaciones y una más para separar a los infecciosos. Allí la recibió un cirujano «romancista»; hombres que acreditaban haber trabajado durante cinco años como ayudantes de un médico de verdad. Aquel se llamaba Cirilo y era blanco, de mediana edad, carecía de estudios y ni siquiera sabía leer ni escribir, pero eso poco importaba cuando de curar a los esclavos se trataba. La llevaron a la sala de operaciones donde, con Antonia como intérprete, Cirilo le limpió la herida con árnica disuelta en agua para posteriormente aplicarle un emplasto de san Andrés de la Cruz a base de resinas, trementina y aceite de laurel que servía para unir la carne sajada.

Kaweka soportó el dolor de la cura en silencio, con la mirada fija en las vigas de madera del techo y envuelta en el sonido de los quejidos y los llantos que se oían en la enfermería. «Es fuerte», reconoció el cirujano mientras manipulaba la herida. Desde que el marqués la señalara en la factoría de Ribas, la niña ni siquiera había tenido oportunidad de pensar; todo era indescifrable, nuevo, apabullante, urgente, violento... Una sucesión vertiginosa de acontecimientos. Allí, pese al dolor punzante provocado por las manos torpes y descuidadas del hombre, su mente encontró la serenidad suficiente para buscar el refugio que su ánimo infantil le exigía. «Quizá no sea siempre así», trató de animarse. Durante la travesía, igual que les había sucedido a sus compañeras, notó cómo se resquebrajaba el vínculo con sus orígenes, que se rompió definitivamente con la muerte de Daye. Cada nuevo balanceo del clíper la separaba más de los suyos. Ahora, tras la estancia en el ingenio de

Ribas, parecía haber llegado a su destino. Instintivamente, Kaweka desvió la mirada hacia Antonia, que permanecía de pie. Buscó afecto en aquella mujer mayor que decía ser de su nación. No pretendía más que una sonrisa, que la tomara de la mano con cariño o que la acariciara con ternura; se conformaba con el aliento cálido de unas palabras de ánimo susurradas al oído, pero Antonia estaba distraída toqueteando frascos y remedios. Kaweka quiso llamar su atención cuando el cirujano, quizá molesto por la fortaleza de una niña recién llegada de África, apretó fuerte sobre la herida haciendo que la cría aullara de dolor.

—No tengo camas libres en la sala de mujeres —sentenció Cirilo al terminar de vendar el pie—. Todas están ocupadas por dos y hasta tres enfermas. La zafra está siendo muy dura este año —creyó necesario añadir. Antonia se encogió de hombros—. La niña es joven y por esta lesión tampoco necesita una cama. Que se quede en el criollero unos días, así ayudará a mamá Ambrosia.

Con parquedad, Antonia le explicó a Kaweka la decisión del cirujano mientras cruzaban la enfermería y accedían a un local anexo donde se amontonaban cerca de una veintena de niños. Algunos eran recién nacidos depositados sobre paja en una tarima de madera que cubría toda la superficie techada, mientras el resto, de edades dispares pero por debajo de los cinco años, que era cuando los mandaban a trabajar, gateaban o correteaban desnudos de aquí para allá en un patio exterior vallado. Junto a ellos había un par de madres que todavía no habían superado la cuarentena desde el parto.

—¿Ayudarme? —se quejó mamá Ambrosia examinando de arriba abajo a Kaweka—. Estas bozales recién llegadas no saben hacer nada, y además está herida. ¡Más faena!

Antonia volvió a encogerse de hombros.

—¿Me das un poco de arroz? —preguntó sin embargo, señalando con el mentón hacia las alacenas en las que se almacenaba la comida especial para madres y niños.

La criollera, una mujer ya mayor que antaño debió de tener un cuerpo exuberante, como se intuía por las carnes que ahora le colgaban, sopesó durante unos segundos la petición de Antonia.

—Un cuenco a cambio de que compruebes las niguas de los

niños. —La otra asintió—. ¿De dónde es la bozal? —preguntó cuando Antonia ya se dirigía al patio.

—Lucumí —contestó esta sin volverse.

—Lo imaginaba —murmuró mamá Ambrosia, mostrando por primera vez una sonrisa a la que le faltaban algunos dientes—. A mí también me trajeron de allá —comentó ya en lengua yoruba dirigiéndose a Kaweka—, igual que a ella —añadió señalando a Antonia, que ya había agarrado a una niña y le inspeccionaba la planta de los pies en busca de aquellos insectos insoportables e irritantes que se introducían bajo la piel, donde desovaban y crecían.

Kaweka percibió que, ante su presencia, la mujer retrocedía en el tiempo. Solo fueron unos instantes en los que sus ojos brillaron; luego negó con la cabeza para ahuyentar unos recuerdos felices que no parecían tener cabida en el ingenio del marqués, y tornó a la realidad.

—Cruel —se limitó a comentar para sí—. Ven, pequeña —la instó después, cogiéndola del hombro con suavidad—. Siéntate con los niños y descansa. Luego te daré bien de comer.

Kaweka agradeció aquel contacto cálido más incluso que la galleta que le ofreció la mujer y que mordió en cuanto esta se lo indicó. Saboreó su dulzor mientras miraba a los niños y escuchaba una sinfonía de llantos que formaban parte del entorno; nadie se preocupaba por ellos.

—Todos estos criollitos —le explicó mamá Ambrosia después, señalando a los más chicos— esperan a que sus madres regresen del campo para recibir su leche. No tardarán. Los mayores, esos a los que Antonia les está limpiando los pies...

La criollera se detuvo; Kaweka tenía la mirada fija en un recién nacido, apartado de los demás, de movimientos lánguidos y que lloriqueaba sin fuerza sobre la paja. Mamá Ambrosia chascó la lengua y se acuclilló junto a ella.

—Ese es Jacinto —comentó—, el hijo de María de la Luz. Padece del tétanos. El mal de los siete días, lo llaman los españoles. Morirá. Solo estamos esperando... Hay muchos que mueren de la misma enfermedad. Si superan esos primeros siete días de vida podrán salir adelante, pero en caso contrario...

Kaweka se desentendió del discurso de mamá Ambrosia. No sabía si era debido a ese mal de los siete días del que le estaba hablando, pero ya había visto antes varios de aquellos recién nacidos. Los traían a la choza en la que vivían cuando enfermaban y su madre le permitía acunarlos después de haber utilizado plantas, hierbas y haber acudido a los dioses en busca de su curación. «Olodumare decide la vida y la muerte», le contaba su abuelo. «¿Y qué les pasará a los niños si no se salvan?», preguntó ella. «Los que mueran nos dejarán y vagarán como espíritus entre los dos mundos, y tendremos que rendirles culto como si fueran dioses, para que nos ayuden y no se enfaden».

Con el recuerdo de su tierra aún vívido en su mente, la pequeña gateó hasta donde se hallaba Jacinto. El ombligo de la criatura, a diferencia de lo que sucedía con los otros que se hallaban junto a sus madres, estaba destapado y presentaba un aspecto infecto. La niña acercó uno de sus dedos hasta la herida: tumefacta, aunque aceitada.

—Es por eso por lo que mueren, sí —oyó que decía la criolla a su espalda—. Los curamos con telas de araña y les atamos el cordón con... —la mujer no encontró la traducción al yoruba del término «pábilo»—, bueno, con la misma cuerda que se usa para las candelas. Pero hay muchos que no lo soportan, muchos —reflexionó.

Sin pedir permiso, Kaweka cogió al niño, se alzó la camisola y lo apretó vientre contra vientre igual que hacía su madre, igual que hacía ella, y canturreó al mismo tiempo que iniciaba un balanceo. Ella no había cumplido ninguno de los ritos previos que llevaban a cabo su madre o su abuelo, pero la tonada le vino a la mente con la misma intensidad que si se encontrase rodeada por los suyos, en África. La imitó e inició aquel movimiento de vaivén, adelante y atrás.

—Hace un par de días que no mama, mi niña —indicó la criolla, acucillándose junto a ella y acariciándole el cabello—. Tiene la quijada tiesa. Ya ves que ni siquiera abre la boca. Solo tenemos que esperar...

Pero Kaweka se balanceaba y canturreaba, ajena a las palabras de

la mujer, a los correteos de los demás niños y al escándalo del ingenio. No estaba allí, ahora se hallaba muy lejos: en su tierra, con su madre y su abuelo... y Daye. Mamá Ambrosia la observó con perplejidad. «Parece... No, no puede ser», se dijo, rechazando sus propios pensamientos. «Es demasiado pequeña». La dejó allí para dedicarse a sus tareas; pronto tendría que dar de comer a los niños. Se topó con Antonia, que esperaba su recompensa tras desparasitar a los criollos y limpiarles las heridas con aguarrás. Mamá Ambrosia se percató de que la esclava dudaba entre mirar o no a Kaweka, sola en un lado del entarimado, meciéndose con un ritmo inquietante, mágico... La criollera la despidió rápido con su arroz y se entregó al trabajo, con un ojo puesto en la pequeña Kaweka. Aseó a los niños, cocinó y les dio de comer y de beber. Llegaron las madres de la zafra antes que los demás esclavos y acercaron los más pequeños a sus pechos. María de la Luz interrogó a la criollera en el momento en que advirtió que el que arrullaba aquella niña con el pie vendado no era otro que su hijo.

—Déjala —le pidió mamá Ambrosia—. No hace daño a nadie. Ha sido un día muy duro para ella. Acaba de llegar, y está triste y confundida.

La noche trajo el alboroto de la faena y la contrafaena, como llamaban al turno que empezaba a medianoche. El ingenio se iluminó con hachones y fuegos. La caña tenía que ser molida inmediatamente después del corte, de lo contrario perdía propiedades y el azúcar era de menor calidad. Las campanas sonaban llamando a los esclavos a uno u otro edificio: al trapiche, a la casa de calderas o a la de purgas. Caña, leña para el fuego, bagazo, guarapo... todo se transportaba de un lado a otro. El trabajo era extenuante. Cantos obligados de los esclavos entre órdenes y el restallar de látigos. Hombres que caían al suelo, derrotados, de puro sueño y cansancio. El movimiento no cesaba en una noche densa que parecía encarcelar a aquellos hombres y mujeres abandonados por la fortuna.

Indiferentes al alboroto, en el criollero dormían madres y niños, todos en el mismo entarimado, a ras de suelo, para evitar las caídas de los pequeños. Solo mamá Ambrosia y Kaweka se mantenían despiertas; la primera, con la mirada atenta; la segunda, todavía

arrullando a Jacinto, cada vez con menor empuje, lentamente, desfalleciendo. De madrugada, sin embargo, cuando mamá Ambrosia creía que la niña se desplomaría, la vio temblar. La luz titilante de las antorchas envolvió unas convulsiones que fueron en aumento. Un escalofrío incontrolable recorrió el cuerpo de la criollera. Kaweka parecía asfixiarse, hasta que echó la cabeza atrás y lanzó un gemido gutural que se confundió con el bullicio. Mamá Ambrosia se santiguó y Kaweka apretó al niño contra sí. Mamá Ambrosia se santiguó de nuevo. Kaweka alzó al niño y lo ofreció a la oscuridad. Luego se desplomó.

Al amanecer, cuando las campanas tocaron el avemaría para marcar el inicio de las labores del campo, Kaweka se levantó y mostró el niño a mamá Ambrosia. La criollera sabía que los dos estaban vivos; había acudido a comprobarlo después de que la joven se derrumbara.

—Toma, coge a tu hijo —le dijo a la madre del pequeño después de que esta, extrañada, se acercara a ellas.

La infección en el cordón umbilical parecía mantenerse, pero la criatura abría la boca; la rigidez de sus mandíbulas había desaparecido. Podía mamar, quería hacerlo, lo reclamaba. Madre y criollera se miraron atónitas. ¡Ningún niño en el estado de Jacinto había logrado sobrevivir hasta entonces!

—¿Qué...! —exclamó María de la Luz tras un instante de incredulidad.

Kaweka le sonrió con inocencia. Mamá Ambrosia negó con la cabeza y apretó los labios en gesto de resignación. La madre, negra, cercana a los veinte años, habló en español y por ello Kaweka solo pudo percibir sus sentimientos.

—¿Quién eres tú para curarlo! —le recriminó—. Jacinto iba a morir, ¿entiendes? Iba a ser libre. Nadie lo explotaría —masculló propinando a la niña un empujón en el pecho con su mano libre—. ¿Qué derecho tenías? —añadió dándole un segundo empujón.

Kaweka reculó, sus ojos abiertos buscaban una explicación a la

actitud violenta de esa mujer. María de la Luz iba a descargar un tercer golpe, pero la criollera se lo impidió.

—Se habría convertido en un espíritu libre de los látigos y de los blancos —continuó la madre, desesperada, con la voz rota, mostrando a su bebé como si fuera un simple objeto—. Es preferible morir que vivir aquí un día... ¡Un solo día! ¡Mi niño merecía morir!

Madrid, España, mayo de 2017
Ciento sesenta y un años después

A falta de diez minutos para las ocho de la mañana, Lita llegó al edificio en el que se ubicaban los servicios centrales de la Banca Santadoma, en el barrio de Salamanca de Madrid, la zona más elegante, cara y lujosa de la capital.

—Buenos días, señorita Blasco —la saludó uno de los guardias.

Lita no estaba segura de que ese fuera a ser un buen día. Por más que brillara el sol, en algunas ocasiones el ambiente se ensombrecía tan pronto como María Regla Blasco, Reglita de niña, Lita para la eternidad, cruzaba el torno de acceso a las oficinas. Pese al tiempo que llevaba trabajando allí, todavía había quien la miraba con cierta extrañeza, ya fuera por aversión o quizá por simple curiosidad. A Lita le costaba discriminar si el rechazo que a veces padecía venía dado por su color de piel. Como de chocolate con leche, habían llegado a decirle a lo largo de los veintiocho años que contaba, o morenita, o caramelo, o café también con leche, o... «¡Mulata, coño!», replicaba ella como creciéndose a la hora de defender sus orígenes, orgullosa por reclamar su color.

Pero Lita dudaba ante ese segundo de más, un instante siquiera, en el que se prolongaba la mirada de alguno de sus compañeros. Quizá no fuera exactamente racismo... O sí, eso en definitiva le importaba poco. El problema estribaba en que, cuando especulaban acerca de la razón por la que la habían empleado en

el banco, entonces no andaban errados. Su madre, Concepción, había servido a los Santadoma desde que pudo mantenerse en pie con una toalla limpia en las manos. También lo había hecho la madre de su madre, y la abuela de aquella, y hasta ella misma en muchas ocasiones. Recordaba algunas cenas de postín en la casa. Una criada recogía los abrigos de los señores mientras el Santadoma de turno los recibía y ella, Lita, vestida con el uniforme del colegio de monjas, se acercaba a las señoras con algún obsequio a medida que estas iban llegando: a veces era una simple flor; otras, una caja que escondía un colgante o un pañuelo. Y algunas de aquellas mujeres, tras abrir sus regalos y regañar cariñosamente a sus anfitriones por el detalle, se deshacían en elogios hacia Lita. «¡Qué niña tan mona!» era el más usual. Cuando dejó de ser una simple niña mona y pudo salir sola a la calle, se convirtió en la recadera de la casa: hay que ir a buscar esto, llevar lo otro, comprar aquello... Todo el personal de servicio de la casa echaba mano de ella.

—Siempre hemos servido a los marqueses —acostumbraba a recordarle Concepción a su hija, mientras esta asentía tratando de ocultar su desazón para no decepcionarla.

—Entonces —apuntó, sin embargo, en una de esas ocasiones una Lita ya adolescente cuando todavía compartían una habitación diminuta y sin ventanas en el piso de los nobles, cerca del banco—, alguno de nuestros antepasados debió ser su esclavo.

—No encontrarás un cubano de color por cuyas venas no corra sangre esclava —contestó la madre sin conceder mayor importancia al comentario.

La sombra de esa esclavitud se colaba en los pensamientos de Lita de cuando en cuando. Había leído al respecto, y del mismo modo que se encogía por la crueldad con que se trató a aquellos seres humanos, también idealizaba las vidas de unos antepasados que ya había hecho suyos. En ambas situaciones sentía una congoja que la empequeñecía y la inquietaba. En cualquier caso, ella era española, europea, criada en la cultura occidental, en el estado del bienestar y en la abundancia, por lo que todo eso de la esclavitud le parecía algo lejano. O al menos así trataba de excusarse a sí mis-

ma ante el incomprensible remordimiento que la asaltaba tras ahuyentar aquellas ideas de su mente, como si acabara de traicionar la historia o el recuerdo.

La condición de su madre, sin embargo, la agujijoneaba con una punzada de humillación y de vergüenza que Lita no conseguía superar. «¡Sí, hija de la criada de los marqueses!», se imaginaba sosteniendo ante alguno de aquellos impertinentes con igual descaro con que lo hacía ante las estúpidas referencias a su color de piel. Pero se le encogía el estómago al pensar en su madre en boca de esos ejecutivos bancarios capaces de asesinar por medrar en el escalafón. Llegó a encerrarse en un baño ante esas miradas torcidas que insultaban, que contradecían las falsas sonrisas de sus saludos, y golpear la puerta y soltar algunas lágrimas de rabia para, una vez recuperada la respiración serena, terminar llamándose «ingrata», y buscar la reconciliación espiritual con esa mujer a la que debía todo cuanto era, pero a la que no se atrevía a defender en público por unos prejuicios clasistas impropios de ella y que era incapaz de superar.

Porque era cierto. Hacía un par de años que su madre le había procurado aquel puesto de trabajo, después de que ella fracasara en todos los intentos que hizo para valerse por sí misma tras acabar sus estudios universitarios de economía y un máster en comercio internacional. Dominaba el inglés con soltura y se había acercado al alemán, pero todos aquellos conocimientos le sirvieron de poco para llevar pizzas en bicicleta de un lado al otro de Madrid, poner copas detrás de una barra, reponer mercaderías en un supermercado o ser explotada, con la promesa de la experiencia como único salario, en algunos despachos profesionales de poco nivel y menos humanidad. A Lita le había tocado vivir unos años difíciles por lo que al empleo juvenil se refería: el paro hacía estragos en el amor propio y la autoestima de los jóvenes que pretendían acceder o mantenerse en el mercado laboral, aunque solo obtuvieran trabajos precarios.

Llegó un momento en el que la depresión se apoderó de ella. Permanecía pasiva, no reía, no comía, y llegó a descuidar su higiene y su aspecto personal. Sus amigas avisaron a la madre, y esta se

presentó en el piso que compartían en el barrio de La Latina de Madrid a recoger a una criatura deshecha y llorosa, a la que amparó de nuevo en la habitación diminuta y sin ventanas que le proporcionaban los Santadoma.

Lita se recuperó durante unos días en los que deambuló por la zona de servicio de la casa con la tranquilidad de que allí jamás accedía doña Pilar de Santadoma, por lo menos sin anunciarse previamente como si fuera de visita a una casa que no era la suya. Los que sí se habían enseñoreado del lugar eran dos yorkshires mimados e insoportables que hacían sus necesidades en unos capazos con serrín dispuestos en la cocina. «Dice doña Pilar que en la calle se ensucian y pillan de todo», le comentó su madre. Lita trató infructuosamente de trabar algún tipo de amistad con aquellos animales, pero solo obtuvo un par de dentelladas rápidas, a traición, que le arañaron las manos.

—¡Perros de los Santadoma tenían que ser! —se quejó mientras su madre la curaba con agua oxigenada.

Desde ese momento, Lita pateaba el suelo con fuerza en cuanto veía venir a los chuchos. Ellos gruñían y ladraban desde la distancia.

—La señora nos atenderá después del desayuno —le anunció Concepción una mañana—. Lo hace de buena voluntad, hija —quiso aclarar ante el inconsciente rictus de rechazo con el que esta recibió la invitación de doña Pilar.

Ningún Santadoma había actuado nunca de buena voluntad, quiso contestar ella. Lita se había opuesto una y otra vez a las insinuaciones de su madre. «No quiero trabajar para el marqués», le decía. «No me interesa, madre». «Han explotado a nuestra familia toda la vida». Lita no deseaba prolongar en ella la relación servil que su madre mantenía con los marqueses y le parecía que, aun cuando no fuera como criada, la cercanía de aquella gente siempre le pesaría en el ánimo. Por no dañarla, callaba delante de su madre la angustia que sufría las noches en las que los señores daban una fiesta y Concepción, al tanto de que nada faltase, se acostaba ya amanecido, después de limpiar y recoger los restos de la velada durante la madrugada. ¡En ocasiones ni siquiera dormía! Concep-

ción no tenía horarios; había más servicio, pero no era interino, de modo que ella era la única que dormía en la casa. Mientras, la madre se cuidaba mucho de no recriminar a su hija el fracaso que la había llevado a la depresión y a la desesperanza, y le costaba poco desarmarla: su ternura y su ingenuidad, su humanidad, eran capaces de quebrar cualquier resistencia. Entonces Lita cedía y se engañaba diciéndose que ya tendría oportunidad de negarse más adelante.

En esta ocasión, el nuevo silencio de Lita animó a Concepción.

—Seguro que tiene buenas noticias —insistió entonces con la prisa en sus maneras—. Tenemos que ir antes de que llegue el cura.

«No...», quiso objetar la muchacha, pero en su lugar se dejó llevar.

—Señora...

Concepción añadió un carraspeo con el que interrumpió los pensamientos de la anciana, que tenía la vista perdida al otro lado de los ventanales que daban a la calle. Acababa de desayunar en una mesa camilla cubierta con mantelería de hilo, vajilla de porcelana y cubertería de plata a la que se sentaba con la espalda tiesa, el cuello estirado y el mentón alzado. Como siempre, por temprano que fuera, la mujer, viuda y con más de ochenta años, aparecía impecablemente vestida, el cabello cano bien peinado, perfumada y maquillada, aunque con delicadeza, sin excesos; preparada para recibir cualquier visita distinta de la del sacerdote que acudía todos los días a darle la comunión y que después ofrecía a la criada.

—Mi hija —la presentó sin necesidad alguna Concepción, empujándola con suavidad por la espalda para que adelantase un paso.

Igual que le hacía de niña.

Lita obedeció y se dio cuenta de que, de manera inconsciente, había entrelazado las manos por delante de sí, en actitud de recato, también igual que cuando era una niña. Las soltó y, por unos instantes, se sintió incómoda, como si estuviera vulnerando una regla.

Doña Pilar percibió aquel inocente acto de rebeldía, aunque

su atención se centró en consolar a los dos yorkshires, histéricos, que ladraban con furia ante la llegada de Lita a sus dominios, pero esta vez sin acercársele a los tobillos.

—Te advertí que tu hija no lo conseguiría, Concepción —le recordó después doña Pilar, mudando la afectación con la que se había dirigido a sus dos perros por un tono seco y contundente. La criada bajó la vista—. No estabas capacitada para afrontar la vida por ti sola, María Regla. —La mujer nunca utilizaba el apelativo cariñoso de una Lita que se planteó qué más debía estudiar para estar capacitada a juicio de la vieja—. Bueno —continuó esta—, me ha comentado tu madre que tienes necesidad de trabajar en el banco.

Doña Pilar esperó una respuesta que tardó un par de segundos en producirse, los que empleó Lita en tratar de tolerar el tono con el que la mujer había mencionado aquella necesidad.

—Sí..., señora —terminó diciendo, aunque por dentro hervía de indignación.

¿De verdad quería ese trabajo? ¿Tanto lo necesitaba? El olor penetrante de las comidas que transportaba por medio Madrid en la caja de una bicicleta prestada, un empleo miserable del que la despidieron después de que se comiera lo que repartía para otros, le recordó su situación. Aquel día tuvo hambre, nunca le había pasado; se detuvo en una esquina, miró la caja, desmontó de la bicicleta, se sentó en el suelo, apoyada contra la pared, y disfrutó de unas piezas de maki y nigiri, o eso indicaba el recibo que eran. Ni pudo dar cuenta del envío ni pagarlo. El encargado gritó, hizo aspavientos en el aire y la insultó. «¡Negra de mierda!». Sí, se respondió: necesitaba trabajar en aquello para lo que había estudiado con tanto esfuerzo. ¡Solo pretendía que le dieran una oportunidad! Agarró sus manos por detrás, con fuerza. Tuvo que hacerlo. Tensionó los músculos hasta el dolor y permitió que la ira aflorase en su espalda en lugar de reventar frente a aquella mujer.

—Tuvimos una gran decepción el día en que abandonaste esta casa, arrogante, sin siquiera despedirte, ni mucho menos agradecer todo lo que esta familia había hecho por ti, como si fuéramos unos... extraños a los que no debieras nada. —La mujer dejó que

sus palabras se desvaneciesen en el ambiente antes de proseguir—: Mi padre, el marqués, a quien Dios tenga en su gloria, aseveraba que uno de los peores defectos de las personas es la soberbia, y que a los ingratos no había que concederles la oportunidad de que volvieran a insultarnos con el desprecio.

Lita creyó que los hombros iban a dislocársele por la fuerza con la que combaba sus brazos. Sí, se fue dando un portazo, a gritos con su madre, cegada por la rebeldía de la juventud, y ahora sentía ganas de escupir a aquella vieja y poner así término a la humillación. Concepción debió de intuirlo porque levantó la vista del suelo y, para sorpresa de su hija, intervino en su defensa.

—Era muy joven, señora —alegó.

La mujer hizo caso omiso del comentario.

—No lo mereces, María Regla. No deberíamos ayudarte. Sin embargo, los servicios que tu familia ha venido prestando en esta casa durante tantos años, con una lealtad y una gratitud que tú has mancillado, me llevan a contrariar la decisión que me consta que hubiera adoptado mi padre. Las mujeres pecamos de debilidad —suspiró, con lo que Lita consideró uno de los mayores ejercicios de cinismo que había presenciado—. Mañana preséntate en el banco.

Después de esa última intervención, doña Pilar mantuvo sus ojos acuosos clavados en la hija, esperando una respuesta. La madre se adelantó:

—Gracias, señora, muchas gracias.

—Gracias... —terminó sumándose Lita mientras se clavaba las uñas en las palmas de las manos.

—Espero que, igual que lo fueron tus antecesores, como lo ha sido tu padre y lo sigue siendo tu madre, como lo fue tu abuela por no remontarme más, seas digna de trabajar para los Santadoma, y lo suficientemente agradecida por el favor que te concedemos —añadió la anciana llevándose la servilleta a los labios para golpearlos ligeramente y con ello poner fin a la conversación.

Madre e hija regresaron a la minúscula habitación sin ventanas en silencio; la sonrisa de Concepción iluminaba el camino, mientras en la cabeza de Lita se arremolinaba un torbellino de pensa-

mientos airados que la acechaban al ritmo de los ladridos de los yorkshires que había dejado a su espalda. ¿Digna? De lo único que tenía que ser digna era de su madre, pero ¿se comportaba con ella con la dignidad y el amor de una hija, o la utilizaba para conseguir aquello en lo que había fracasado? Era cómodo dejarse llevar por su iniciativa, aprovechar la oferta y esconder su animadversión hacia los Santadoma tras una supuesta obediencia que no era sino interesada, porque necesitaba ese trabajo que no podía conseguir por méritos propios. ¡Y porque lo quería! Lo quería, sí, y al admitirlo se sintió tremendamente hipócrita.

—Mamá... —quiso confesarse.

—Calla, niña —la interrumpió Concepción empujando la puerta batiente que se abría a la zona de servicio—. Tú pudiste estudiar gracias a los señores, que lo permitieron, nos proporcionaron techo, ropa y comida, me pagaron un sueldo y hasta corrieron con los gastos de tu colegio. Recuérdalo. Eres la primera de la familia que no sirve en casa de los Santadoma. ¡Lo harás en todo un banco! Aprovechalo, trabaja duro y, como dice doña Pilar, sé agradecida. Aunque pueda no parecértelo, los Santadoma siempre nos han tratado bien, hija —sentenció.

El techo, la ropa, la comida y el sueldo los había ganado Concepción trabajando a destajo, calló Lita. Y el colegio religioso de niñas ricas, al que los Santadoma decidieron llevarla a modo de ejercicio de caridad pública, no había originado en ella más que frustraciones y complejos. Su lugar era el instituto público; allí había negras como ella, y chicos de su misma clase social que hasta se esforzaban y estudiaban más de lo que unas monjas, tan recatadas como reaccionarias, esperaban de sus alumnas privilegiadas. Llegó a pedirle a su madre que la cambiase de colegio, pero Concepción se opuso por temor a que los señores se lo tomaran como un desaire.

Lita frunció los labios ante aquellos malos recuerdos que un día la llevaron a los gritos y al portazo. Ya se había disculpado con su madre decenas de veces, aunque esta continuaba creyendo en la bondad de los Santadoma. Respiró hondo y la abrazó fuerte, muy fuerte.

—Tienes razón —le dijo al oído—. Gracias, mamá.

Dos años después, como cada día desde entonces, Lita evitó las miradas de los demás y se sentó a la mesa de la Banca Santadoma dispuesta a demostrar su valía por encima de recomendaciones y prejuicios.